

Glorioso santo, honor de nuestra patria, desde esa mansion de felicidad y gozo inexplicable interceded con el Señor para que mire con misericordia á esta nacion católica : alcanzad que desaparezca de ella en nuestros dias la impiedad, la corrupcion, el libertinaje, esa ciencia orgullosa, altanera y diabólica que tanto domina y que tan rápidamente socava á la sociedad y á la religion por sus cimientos; alcanzad que nuestros superiores y magistrados nos dirijan y gobiernen por las máximas de la sabiduría del cielo, para que no nos apartemos del Señor Dios de nuestros padres en esta vida, y le alabemos despues en vuestra compañía por toda la eternidad en la gloria. Amen.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LA VIRTUD SÓLIDA ES LA QUE DA LA VERDADERA GLORIA.

Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.

Sabed que el Señor ha hecho admirable y glorioso á su santo.

Salmo 4. v. 4.

¿Qué son las glorias de este mundo sino sombras que pasan, sueños que engañan, ilusiones que desaparecen y lijeros pasatiempos que se olvidan? Las grandes empresas y conquistas de los emperadores y la ostentacion con que celebraron sus triunfos, la ciencia tan celebrada de los sabios y legisladores, el valor y los esfuerzos de los guerreros que se sacrificaron por su patria apenas se recuerdan en las generaciones siguientes, si ya no es que se envuelve su memoria con la de sus crímenes y se mancha con los borrones de sus torpezas, de sus fragilidades, de sus injusticias y de sus tiranías. Aquellos que se distinguieron en el mundo por sus destinos, por sus dignidades y riquezas, murieron y apenas hubo quien acompañase á sus exequias, ni dejaron tras de sí sino el olvido y abandono de los demas hombres, por mas que levantaron sus sepulcros sobre los de la muchedumbre y estamparon sus nombres en los bronces y las piedras. Esas representaciones y fiestas en que reúne el arte y el interes todo cuanto puede excitar á la complacencia y el de-

Glorioso santo, honor de nuestra patria, desde esa mansion de felicidad y gozo inexplicable interceded con el Señor para que mire con misericordia á esta nacion católica : alcanzad que desaparezca de ella en nuestros dias la impiedad, la corrupcion, el libertinaje, esa ciencia orgullosa, altanera y diabólica que tanto domina y que tan rápidamente socava á la sociedad y á la religion por sus cimientos; alcanzad que nuestros superiores y magistrados nos dirijan y gobiernen por las máximas de la sabiduría del cielo, para que no nos apartemos del Señor Dios de nuestros padres en esta vida, y le alabemos despues en vuestra compañía por toda la eternidad en la gloria. Amen.

## SERMON

### DE SAN LÉSMES ABAD,

PATRON DE BURGOS.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LA VIRTUD SÓLIDA ES LA QUE DA LA VERDADERA GLORIA.

*Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.*

Sabed que el Señor ha hecho admirable y glorioso á su santo.

*Salmo 4. v. 4.*

¿Qué son las glorias de este mundo sino sombras que pasan, sueños que engañan, ilusiones que desaparecen y lijeros pasatiempos que se olvidan? Las grandes empresas y conquistas de los emperadores y la ostentacion con que celebraron sus triunfos, la ciencia tan celebrada de los sabios y legisladores, el valor y los esfuerzos de los guerreros que se sacrificaron por su patria apenas se recuerdan en las generaciones siguientes, si ya no es que se envuelve su memoria con la de sus crímenes y se mancha con los borrones de sus torpezas, de sus fragilidades, de sus injusticias y de sus tiranías. Aquellos que se distinguieron en el mundo por sus destinos, por sus dignidades y riquezas, murieron y apenas hubo quien acompañase á sus exequias, ni dejaron tras de sí sino el olvido y abandono de los demas hombres, por mas que levantaron sus sepulcros sobre los de la muchedumbre y estamparon sus nombres en los bronces y las piedras. Esas representaciones y fiestas en que reúne el arte y el interes todo cuanto puede excitar á la complacencia y el de-

leite, cuanto puede hallarse de lisonjero y agradable, las veis, se repiten, y ya no merecen vuestra aceptacion, ni se interesa vuestra curiosidad en presenciarlas. Esos escritos y composiciones ingeniosas y divertidas en que agota la ciencia del hombre sus tesoros para llenar enteramente el alma del que las lee ó las oye, hicieron vuestra satisfaccion y entretenimiento una vez, y no habeis vuelto á oirlas, ni os determinais á volverlas á tomar en vuestras manos.

¿En qué consiste, hermanos míos, que despues de tantos siglos que salió de este mundo san Lésme, sin haber gozado en él riquezas, dignidades ni distinciones, celebrais con tal majestad su memoria, os interesais tanto en honrarle, y que á pesar de que sabeis como si os fueran propios los hechos y virtudes admirables de este santo abad y los referís con fe y un júbilo santo á vuestros hijos, os apresurais hoy á llenar este templo y estais con ansia y avidéz por oír de nuevo de mi boca la historia de un hombre que se hizo pobre por Jesucristo, que vivió en el mundo mendigando su sustento en sus peregrinaciones, que se ocultó en un claustro y acabó sus dias en el humilde destino de hospedar á los peregrinos y asistir á los necesitados? Consiste en que no es mundana y terrena su gloria, en que despreció al mundo con toda su vanidad, en que no buscó el aprecio y alabanzas de los hombres, en que puso toda su confianza y sus deseos en el cielo y buscó en este camino corto y difícil el término verdadero que es Dios. Consiste en que el Señor ha querido hacer admirable y glorioso á su santo. *Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.* El Señor le ha hecho glorioso, pero no con los honores y glorias vanas y perecederas del mundo, sino con la sólida y verdadera gloria, con la gloria que solo puede dar la santidad y la virtud.

Ved aquí lo que pienso hacer servir para materia de mi discurso y elogio de nuestro santo; y si la virtud y santidad elevan á la gloria verdadera, concluiremos que es lo mas prudente y necesario, y nos alentaremos con su ejemplo á ser santos y virtuosos, obsequio el mas grato que podemos hacer á nuestro santo patrono, resolucion que pide la iglesia nuestra madre, proponiéndole por ejemplar á nuestra consideracion y memoria, y que exige nuestro propio interes y conveniencia. Falta, Señor, que nos ayudeis con vuestra gracia; y ántes de conti-

nuar la pedimos humildemente por la intercesion de vuestra madre y señora nuestra María santísima. *Ave Maria.*

Á la manera que con la presencia del sol se pierde y hace inútil y despreciable la luz de una linterna, así todo el aprecio y estimacion de los bienes de la tierra, todo su brillo y esplendor desaparece y se oculta con la presencia de la virtud. Los honores, las riquezas, las dignidades, el poder, la salud, la libertad son todos bienes y adornos postizos de que nos pueden privar los hombres, y no pueden darnos la verdadera gloria que nadie nos la puede quitar. La bondad y hermosura de un caballo, dice el padre san Juan Crisóstomo, nadie dirá que consiste en tener un freno de plata y estar enjaezado con sedas y diamantes, sino en su buena fortaleza y presencia; en su solidez y velocidad para la carrera, aunque no tenga adorno ni riqueza alguna. Del mismo modo, dice este santo, la gloria y hermosura del hombre no consiste en su buena fortuna y sus riquezas, en la salud y buena disposicion de su cuerpo, en gozar libertad y tener aceptacion con los hombres; consiste en la sólida virtud, en obrar de un modo agradable á los ojos de Dios, que es de lo que no pueden despojarnos los hombres. ¿Qué son, dice el mismo santo, los premios y coronas que da el mundo por las victorias y los triunfos que se consiguen en los juegos, en las guerras y en todo lo que aprecia el mundo, sino unas hojas de laurel, unos aplausos y clamores del vulgo que á la llegada de la tarde se marchitan, perecen, y que los hombres olvidan? Pero la corona que se da por la sólida virtud y por los trabajos que cuesta el conseguirla, no tiene nada de corporal y sensible, y así es que ni se disipa, ni se acaba con nosotros en este mundo, ni se destruye con el tiempo, es eterna, inmarcesible, se extiende á todos los siglos, no tiene fin.

No hay segun esto otra gloria verdadera que la que consiste en la virtud, ni hay otra cosa que pueda darnos una gloria eterna é inamisible que la sólida virtud. No busquemos en otra parte la gloria con que el Señor ha querido honrar á san Lésme y hacerle admirable á todas las generaciones. Verdad es que á principios del siglo once nació en Loudun de Francia sin faltar á sus padres las riquezas, las distinciones de nobleza y demas que tanto estima el mundo; que se crió en el regalo y

las comodidades de su familia; que cultivaron su ingenio despejado instruyéndole no ménos en los principios sólidos de la religion de que se gloriaban en aquel siglo los ricos poderosos, cuanto en las ciencias y conocimientos que forman una educacion esmerada. Verdad es que aplicaron su juventud á la carrera de las armas y que nada faltó á este jóven militar, noble, rico y dotado de excelentes cualidades y presencia para seguir la vida alegre, bulliciosa y en el goce de los placeres del mundo; pero el Señor le destinaba para sí, y le dió muy pronto á conocer, que la nobleza, el ingenio, el poder y los que llamamos bienes en el mundo, pueden hacernos buenos y pueden tambien hacernos mas culpables; pueden servir para nuestra utilidad, y pueden tambien hacer nuestra ruina, pueden conservarnos en la virtud y servirnos para partícarla, y pueden tambien servir para implicarnos en los vicios. El Señor le dió muy pronto á conocer que habiendo de dejar todos los bienes del mundo, era mejor anticiparse y desprenderse de ellos, y tomar el camino de la perfeccion, de la renuncia de todo lo que puede servir de molestia y de peso para seguir á Jesucristo.

Tiende su vista cuando apénas ha llegado á la edad de resolverse á tomar partido en el mundo y á meditar sobre su suerte y su destino; cuando á la muerte de sus padres ha quedado en una carrera distinguida y dueño de una herencia pingüe, tiende su vista por todos los caminos que llevan á los honores y la gloria, oye en el Evangelio de la misa el admirable consejo de Jesucristo: « Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes, repártelo á los pobres y sígueme, » y como el grande Antonio se aplica á sí mismo estas palabras, y sordo á todas las inspiraciones de la carne y de la sangre, del amor propio y del amor del mundo, se resuelve á abrazar el camino de la perfeccion, á distribuir todos los bienes de su cuantioso patrimonio á los pobres, para seguir libre del estorbo de los bienes de esta vida á Jesucristo humilde, despreciado y pobre, que ofrece ciento por uno en esta vida y despues la vida eterna.

¡Feliz el jóven que á la sazón de elegir en el mundo, así sabe resolverse y emprender á los principios de la vida el camino de la perfeccion! ¡Feliz el que huye de la compañía del mundo corrompido, y ántes de manchar su corazon con el amor de los deleites y el dinero y poner su esperanza en los tesoros, lo desprecia todo y elige el seguir á Jesucristo! Su vida será admira-

ble y prodigiosa, porque inclinándose al partido de la virtud, el Señor le ayudará para correr por sus caminos. Sus enemigos no se le atreverán, porque derrotados en el principio, quedarán para siempre intimidados. El no acertar en la primera eleccion; el no seguir desde la juventud el camino recto; el no consultar al tiempo de resolver el hombre sobre sí mismo y decidirse á emprender un estado, sino á sus glorias y aumentos temporales, á sus intereses y á lo que dicta el mundo, las pasiones y las conveniencias temporales, el errar en el primer paso es el motivo de seguir toda la vida por el camino que lleva á la perdicion: el anciano no se apartará del que emprendió en su juventud, y todas las molestias, las turbaciones é inquietudes, los escándalos, injusticias y malos ejemplos que en sus estados cometen ordinariamente los hombres, no suelen tener otro origen que el haberlos abrazado sin conocimiento, sin examen, sin consultar con su Dios sino solamente con sus intereses temporales ó sus viciadas inclinaciones.

San Lésmes toma desde la juventud el camino del cielo, y abandona la milicia de los reyes de la tierra y todos los intereses y honores con que podia distinguirse en el mundo, por abrazar la milicia de Jesucristo y empezar el camino de perfeccion que conduce á los premios eternos; pero ¿qué motivos ó qué sucesos pudieron obligarle á tomar esta resolucion tan estrepitosa, tan inesperada y tan poco comun en los jóvenes de su edad y de sus cualidades? ¿Acaso una pasion despreciada, unas pretensiones desatendidas, un favor y proteccion que desapareció, una quiebra en los bienes de fortuna, una paciencia cansada de sufrir los inconstantes sucesos del mundo, un desengaño en vista de las amargas y continuas experiencias de lo que producen al fin y del vacío que dejan en el corazon los deleites y placeres? Apénas conocía al mundo y no se habia contaminado con su corrupcion. Por todas partes se presentaba lisonjero y halagüeño á sus ojos, le brindaba con sus placeres, con el esplendor de su gloria y el hechizo de sus honores y riquezas. Nada tenia que sentir contra el mundo ni quejarse del mundo; ninguna venganza tenia que tomar del mundo. Pero contempla sus peligros, lleva sus miras mas allá de lo que alcanza la vista de la prudencia humana, solo se ocupa en procurar su salvacion, y en vano es buscar otros motivos ni razones, otras armas para vencer al mundo que este mismo deseo de su sal-

vacion, esta prudencia santa y superior á los sentimientos del hombre, dulcemente inspirada por Dios que queria hacer glorioso y admirable á su santo.

Pero ¿á dónde irá despues que desatendiendo los clamores de sus parientes, que quieren ser los únicos en la ocupacion de los bienes de que quiere descargarse; despues que desprendido de los honores, riquezas y distinciones del mundo, queda dueño enteramente de sí mismo en la edad de los peligros y las tentaciones? ¡Cuántas veces, hermanos míos, hacemos los mas firmes propósitos, tomamos las resoluciones mas saludables, y nuestra constancia flaquea, nuestras empresas desaparecen al tiempo de ponerlas por obra! Decimos y no hacemos, ó si hacemos algo nos falta aquella perseverancia hasta el fin que es tan necesaria para salvarse. ¡Inconstancia y debilidad del hombre flaco y pecador! pero que no, no hallaremos en las santas resoluciones de san Lésmes. Va á seguir á Jesucristo porque seria poco dejarlo todo si no se tomase este camino, y aun seria inútil el desprecio y renuncia mas completa de todos los bienes, si se dejasen por otro fin que por Jesucristo, por su amor, y por seguirle con mas facilidad y desahogo. No contento con salir pobre de su casa, abandona tambien su patria para vivir conocido de Dios solo, y cambiando su vestido por el de un criado fiel que le acompañó, y á quien despidió encargándole el cuidado de procurar su salvacion y no ofender jamas á Dios, solo, sin recursos, ni otra confianza que la que tenia en Dios, ni otro fin que el de servirle y agradarle, se encamina á Roma, á pié, descalzo, mendigando de puerta en puerta su preciso sustento, confundido con los peregrinos que van á visitar los lugares santos de aquella ciudad. Acepta es á los ojos del Señor una penitencia reparadora de los excesos de la vida pasada, una penitencia del que repasa sus malos años en la amargura de su corazon, y habiendo irritado la coléra de Dios procura mover su misericordia consagrando á la justicia los miembros que sirvieron á la iniquidad; pero le es tambien gustosa la penitencia del justo que une su mortificacion á su inocencia; la penitencia de los santos que no se atormentan y castigan por destruir el pecado, que no ha entrado á borrar la hermorsura de sus almas, sino porque son de Jesucristo y crucifican su carne con Jesucristo, y se unen á la cruz de Jesucristo; porque quieren ser glorificados con Jesucristo y saben

que no hay otro camino que el padecer y morir por Jesucristo, quieren sentarse á la diestra del reino del Padre y saben que es preciso beber ántes el cáliz de la tribulacion y amargura, quieren unirse íntimamente al reposo de sus almas y no pueden hallarle sino en el monte Myrra; y tal es la penitencia continua de san Lésmes en su peregrinacion, en los trabajos de sus viajes y pobreza; en las privaciones que sufrió en dos años que permaneció en Roma confundido con los miserables, hecho pobre por Jesucristo y pidiendo de limosna su sustento entre los pordioseros.

Yo os diria aquí, amados míos, el fervor y devocion, aquel santo respeto con que visitó los lugares santos de Roma y aquella emocion divina en que ardia su corazon á la presencia de las reliquias de tantos mártires, y al pisar un terreno regado con la sangre de los atletas de nuestra religion. Contemplad vosotros los consuelos, los deseos, los votos, en una palabra, el corazon de san Lésmes lleno del amor de su Dios y del deseo de su gloria, al verle en la ciudad santa registrando las maravillas que obró el Señor en sus siervos con un espíritu enteramente religioso y con la mira de formar su alma en aquellos modelos de virtud. Yo solo diré que no se limitó á una admiracion y contemplacion estéril, sino que trasladó á su alma el celo de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, el fervor de los confesores, la pureza y castidad de las vírgenes... Diré que allí conoció las miserias del hombre y aprendió aquella caridad y mansedumbre, aquel amor entrañable á sus hermanos los hombres, aquella piedad que habia de ser algun dia el asombro y el ejemplo de todos y el consuelo de nuestra patria.

Alimentado enteramente de ideas y resoluciones santas, vuelve, como lo ofreció á su paso para Roma al abad Roberto, al monasterio de Auvergne llamado casa de Dios, á vivir bajo la regla del padre san Benito. ¿Tendria que trabajar este maestro diestro de las almas en dirigir esta nueva planta encomendada á su cuidado? Aquí su oracion fué continua, su abstinencia y sus mortificaciones y ayunos admirables, su obediencia, su humildad, su recogimiento y silencio, su amor de la union y paz de sus hermanos sirvieron de ejemplar á los demas, y muy pronto se le confió el magisterio de los jóvenes, como el mas á propósito para alentar á todos con su ejemplo, con su doctrina y con su virtud. Preciso era que su utilidad no se li-

mitase al recinto del monasterio, y por obediencia hubo de aceptar el ordenarse de sacerdote para ser útil á los fieles. El abad Roberto fué elevado á la dignidad episcopal, y Lésmes fué elegido por los monjes por su sucesor á pesar de su resistencia. Sus dignidades solo sirven para aumentar su fervor, su vigilancia sobre sí mismo, sus mortificaciones y su celo, sin faltar á lo que debia á sus destinos. Dios bendijo sus tareas, y los hombres tambien respetaron el mérito de un hombre á quien el Señor engrandecia y queria hacer admirable, de un hombre que en su gobierno supo como Moises ser agradable y amado de Dios y de los hombres. Pero era demasiado humilde, apetecia las dulzuras de la contemplacion y trato frecuente con su Dios, y logró al fin renunciar su dignidad y quedar como un simple monje sujeto á obedecer, mas satisfactorio para su alma que el tener sobre sí el cargo de mandar.

No era la virtud, austeridad y recogimiento de san Lésmes una virtud adusta y reñida con el trato de los hombres; enemigo solamente de sí mismo, era apacible con todos, caritativo con todos, habia estudiado en la oracion, en la contemplacion de las verdades santas de un modo mas útil que el enojoso con que se estudia en las aulas, y como instruído por Dios no eran sus conocimientos equívocos, ni sus proceder desacertados ni imprudentes. De aquí es que su virtud y su ciencia era notoria en todas partes, y sus triunfos sobre los pecadores muy frecuentes, y tanto mas seguros y eficaces cuanto que eran dirigidos sus consejos y amonestaciones con el celo santo que inspira la caridad. En vano es ya que su humildad oculte los tesoros de su alma en el silencio y retiro de un monasterio. De todas partes concurren las gentes guiadas del olor de sus virtudes, que publican sus continuos milagros, sus curaciones repetidas con la invocacion del nombre de Jesus, y las conversiones de tantos pecadores que por sus consejos detestaron al mundo, se disgustaron de los placeres y deleites terrenos, y buscaron la verdadera gloria en el ejercicio de la virtud. Los confines de Francia y de Inglaterra publican en todos sus ángulos las maravillas y santidad de san Lésmes, y cuando mas queria oscurecerse y ocultarse, se extendió tambien á España el buen olor de sus virtudes, porque el Señor no solo le engrandeció delante de los pueblos, sino tambien delante de los reyes.

Atentos los reyes de Castilla y de Leon á reformar las costumbres de sus pueblos despues de haber sacudido el yugo de los moros, persuadidos de que el mejor imperio es el de los que mandan en los corazones de sus súbditos, no cuidaron de hacerse temibles con ejércitos y crueldades, sino mas bien de hacerse amar como padres, y hacer virtuosos á los pueblos con el ejemplo de hombres eminentes en santidad. Alfonso VI á ruego de su mujer Constanca instó á san Lésmes y pudo conseguir su venida á España. No temais ni os asusteis, hombres políticos y ambiciosos, no abandona Lésmes su retiro para dominar en los palacios de los reyes y convertirse en enemigo de vuestra elevacion y grandeza, no viene á robaros la confianza que gozais y el lugar que ocupais en el corazon de los monarcas; no viene en busca de los pingües destinos, de las dignidades ni de los intereses, cuyo amor y deseo no tiene entrada en su alma, y que desde su juventud sabe apreciar en su justo valor; ha aceptado el venir bajo la precisa condicion de no seguir la corte y vivir en el silencio y el retiro, dedicado al servicio de Dios y provecho de sus prójimos.

¡Gloríate, ciudad de Búrgos, á quien destinó el Señor este tesoro de sus infinitas misericordias! ¡Gloríate y recuerda por todos los siglos la caridad fervorosa de san Lésmes en la ermita de san Juan, que se le cedió para su habitacion y para hospedar á los peregrinos que pasaban á visitar el cuerpo de Santiago á Galicia! ¡Recuerda con júbilo los multiplicados ejemplos de virtud, los consejos y amonestaciones saludables que reformaron las costumbres de tus habitantes, los milagros que le viste obrar en beneficio de los enfermos y atribulados.....! Él fué tu consuelo, el refugio de todos los menesterosos, el padre de los pobres, el enviado de Dios para enjugar tus lágrimas y reparar tus pérdidas despues de los dias de tu tribulacion. El Señor tiene en sus manos los corazones de los reyes, y estos pusieron á disposicion de san Lésmes muchas posesiones que fueron la muestra de su justo agradecimiento, el premio justo de sus servicios; y trasladadas á san Lésmes y sus sucesores hasta nuestros dias, han sido el patrimonio de los pobres y el sustento del culto divino. Gloríate, ciudad ilustre, y recuerda con júbilo el santo que por gratitud á sus favores y como enviado de Dios elegiste por tu patrono, y que tanto te ilustró con sus virtudes, sus ejemplos y su muerte preciosa.

Quería el Señor probar la virtud de su siervo, y en el sufrimiento y resignacion que manifestó en los mas vivos dolores de una aguda enfermedad, en el gozo y alegría espiritual que se entreveía en este siervo del Señor al conocer que llegaba la hora de disolverse y unirse á Jesucristo, acreditó bien que si su vida habia sido una penitencia continua tomada por su voluntad y eleccion, sabia también sufrir y ofrecer á su Dios las penitencias forzosas que le enviaba el mismo Dios. El mismo arzobispo le dispensó los santos sacramentos y demas auxilios de nuestra religion, y fortalecido con estos llegó la hora de su santa muerte, dejando en el llanto y desconsuelo á los fieles que lamentaban su pérdida.

Hermanos míos, ¿qué vieron los hombres en san Lésmes, en un monje sin riquezas, sin dignidades, sin poder, sin nada de cuanto se estima en el mundo para que tanto le honrasen? ¿Para que los pobres y los ricos, los justos y los pecadores, los reyes y los pueblos, los sacerdotes y los legos y todos sin distincion le venerasen, le engrandeciesen y llorasen su pérdida? Vieron que se desprendió de sus bienes y los distribuyó á los pobres, que renunció á los honores y distinciones del mundo, que huyó de las dignidades y rehusó los favores de los reyes, que lo abandonó todo y que nada le quedó sino el seguir á Jesucristo por el camino de la virtud.

La virtud, he aquí lo que vieron los hombres en san Lésmes, y por eso le honraron y por eso le honramos hoy despues de tantos siglos, porque la virtud sólida, la vida entregada al servicio de Dios es la que solamente puede dar la verdadera gloria. La virtud es la que no se acaba ni muere con el hombre, la que no se pierde en las desgracias y de la que no pueden privarnos los infortunios ni las persecuciones. La virtud es la que solamente es aceptá á los ojos del Señor.

Si buscamos gloria y engrandecimiento, he aquí el camino verdadero, amados míos, la práctica de la virtud. Huyamos los honores del mundo y todos sus engaños y apariencias. Renunciemos, si no todos los bienes como san Lésmes, el ansia excesiva por lo ménos, el demasiado apego, la avaricia, la injusticia y la usura; huyamos de los placeres y apetezcamos el retiro, el silencio y la oracion, tengamos misericordia y caridad con nuestros prójimos, emprendamos en una palabra las virtudes que son propias de nuestro estado, y el Señor que por la prác-

tica de la virtud engrandeció y llenó de gloria á san Lésmes, nos hará también á nosotros admirables y gloriosos. *Mirificavit Dominus sanctum suum.*

Os he hablado de san Lésmes y su gloria merecida por su virtud, sin haber levantado nuestra consideracion de la tierra ni haber contemplado otras recompensas que las que recibió en este mundo. Elevemos nuestra consideracion al cielo y hallaremos que si el Señor engrandeció á su siervo á la vista de los hombres y de los reyes, le ha engrandecido mas en la gloria de los santos. Rogad, santo patrono, rogad al Señor desde esa mansion en que sois atendido, por esta porcion de vuestra herencia que os pertenece; fuisteis su ejemplo, sois su abogado y patrono, y es preciso también que oigais sus ruegos y seais su intercesor, para que el Señor nos conceda á todos la virtud sólida, que es la que en esta vida y en la otra nos ha de alcanzar la gloria verdadera. Amen.